

15 céntimos el número



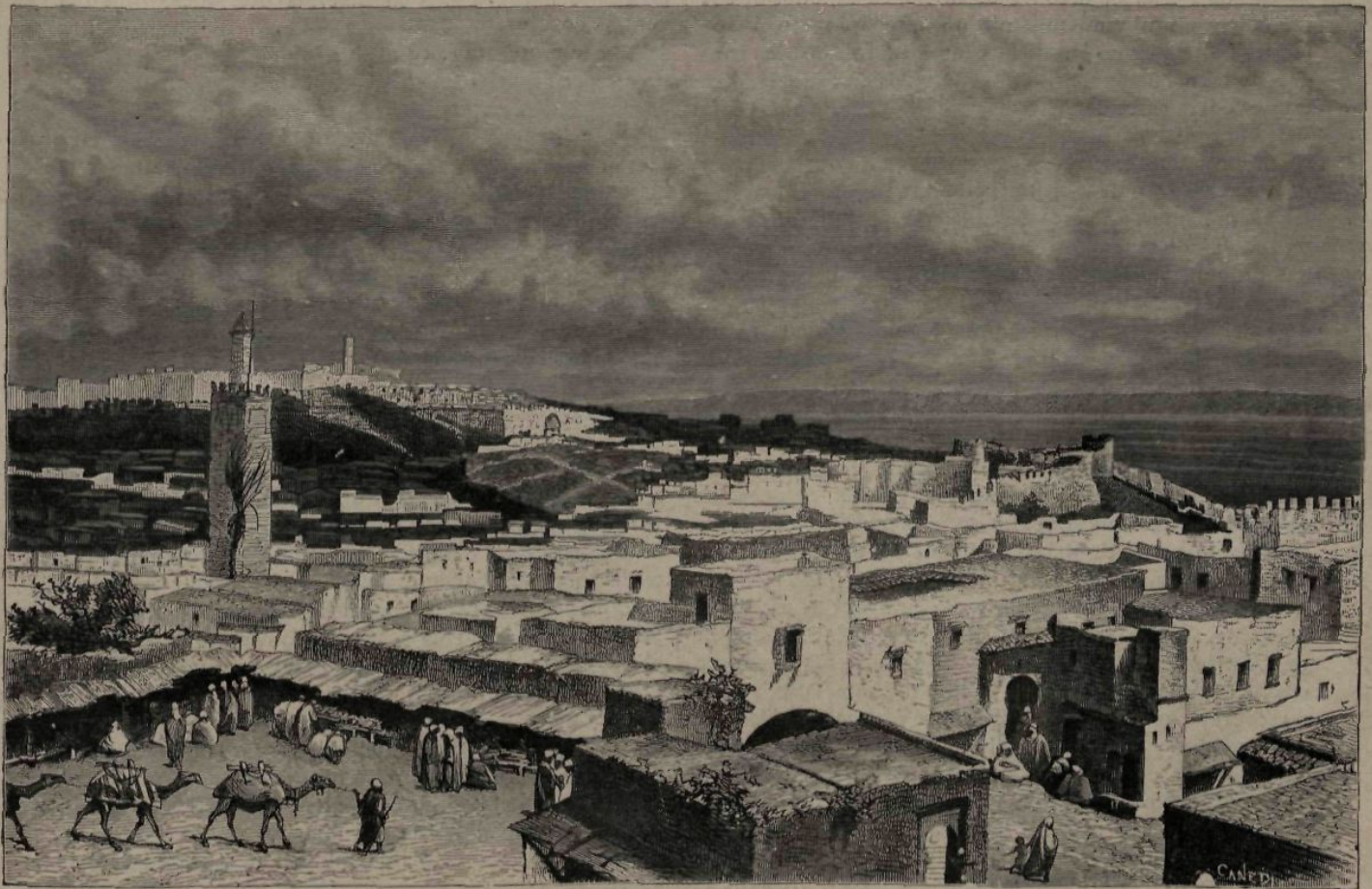
SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 18 Noviembre de 1893

Núm. 77

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^A, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



TÁNGER

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B. — MARRUECOS: Tánger, por EDMUNDO DE AMICIS, traducido del italiano por C. V. DE V. — La Inocencia (poesía), por JOSÉ SELGAS. — Mujer (continuación), por EMILIA PARDO BAZÁN. — Nueva Orleáns, por JULIÁN RALPH (continuación), traducido por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.— MARRUECOS: Tánger. — Soldado marroquí. — Tipos marroquíes. — Vista general de Río de Janeiro. — Calle de árboles gigantes en Río de Janeiro. — Dolce far niente, cuadro de FRANCISCO MIRALLES. — NUEVA ORLEÁNS: El antiguo barrio francés. — Casas de campo de Claiborne, en los pinares próximos a Nueva Orleáns. — Un balcón del antiguo barrio francés. — El Club de Regatas de Nueva Orleáns. — Los bancos anunciadores, por FLIK-FLOK.



Crónica

No se habían sacudido todavía el polvo de los zapatos los rusos, que tan festejados fueron en la ciudad de París, cuando ya se inició en algunos de sus periódicos un movimiento que no agrada tanto al Gobierno francés como le satisficieron los farolillos, las banderas y las aclamaciones. «Los invitados de Francia, dice un periódico ruso, deben estar contentos de sus huéspedes y de ellos mismos, pues á la vez que fueron tratados como semidioses quedaron bastante dueños de sus palabras y de sus actos á fin de respetar fielmente la consigna que se les había dado.» La verdad es que correspondieron, como ya indicamos, á la amistad que se les brindaba, pero sin comprometerse, y sobre todo sin comprometer al Czar, su soberano, no diciendo más que lo preciso y manteniéndose siempre, con habilidad digna de diplomáticos, en un terreno que ni alentaba ni defraudaba las esperanzas que había hecho concebir su presencia en París. Toda la prensa, á la vez, se halla unánime en alabar la cordura del pueblo de aquella gran capital, el cual, conformándose con el programa que se había adoptado, no mezcló ninguna amenaza, ni provocación por ningún concepto en aquellas protestas de simpatía hacia la nación que ha tendido la mano á Francia en medio de su aislamiento. Todo, pues, marchó á pedir de boca; pero apenas terminadas las fiestas, «ya el genio malo de Francia, escribe el periódico á que aludimos, M. Rochefort, redactor en jefe de *L'Intransigeant*, que por un instante había replegado sus negras alas para cantar el himno nacional ruso, vuelve á recobrar sus naturales instintos, é intima á M. Dupuy que presente á la Cámara, así que ésta se reuna, el texto auténtico de un tratado de alianza ofensiva y defensiva, en debida forma, revestido de las firmas de Alejandro III y M. Carnot. Sin esto no hay nada hecho, se ha hecho burla de nosotros y se nos ha robado nuestro dinero.» «Quien escribe estas malintencionadas frases, prosigue el mismo periódico, sabe mejor que nadie que el ministerio no tiene ningún tratado que presentar y que apremiándole así lleva á cabo una obra antipatriótica, mas ¿qué le im-

porta? No tiene empleada en balde toda su fortuna en la desconfianza y en el descontento público, que le reditúan pingües intereses.»

* * *

Entre las huelgas de mineros que existen hoy en Europa se cuenta la de las minas del departamento del Paso de Calais, en la nación vecina. Esta huelga ha procurado un dato curiosísimo, con el cual se demuestra una vez más que los obreros son con frecuencia juguete de gentes completamente extrañas á su oficio, que van á su negocio y que no escrupulizan en lograrlo por medio de la miseria y de los sufrimientos de gentes ignorantes y desdichadas. Hace poco, los que se titulan delegados de los obreros en el referido departamento, votaron la continuación de la huelga por una mayoría compuesta de siete obreros y de treinta y nueve taberneros. Éstos sacan ventaja de la huelga y de ahí que no quieran verla terminada. A la vez ¿cómo se quiere que las Compañías mineras consientan en tratar con delegados que no tienen ningún interés directo en lo que es materia de litigio? Por este motivo las Compañías del Paso de Calais no admitieron á los delegados. Con los trabajadores hubieran conferenciado de buena gana á fin de ver si podían llegar á una avenencia. Las predicaciones, empero, de los taberneros y de gentes de la misma estofa pueden más, por desgracia, en el ánimo de los trabajadores que los consejos de la razón y del buen sentido, y de ahí que los llamados sindicatos sigan imperando y que los huelguistas y sus pobres familias sufran toda clase de privaciones sin lograr al fin, como lo hemos hecho notar en diversas ocasiones, ninguna ventaja positiva.

A este propósito es edificante lo manifestado recientemente por el socialista alemán Liebnecht, en una reunión de su partido. Hablábase de la celebración del 1.º de Mayo, y aquel agitador se declaró en contra de la huelga forzosa en dicho día. Desde la primera resolución de esta clase tomada en París, el estado de los asuntos ha empeorado en todos los países. El número de los faltos de trabajo—dijo Liebnecht—«este ejército de reserva que queda siempre á disposición de los capitalistas, ha llegado á ser tan considerable, que la situación, considerada bajo el aspecto de la huelga general, ha venido á ser desfavorable y hasta desesperada.»

* * *

En los Estados Unidos se ha derogado el bill Sherman logrando un triunfo los monometalistas. «Arrojada de todos los países la plata, dice un periódico francés, no tiene más refugio que España, y por poco que los hombres de Estado españoles observen los fenómenos económicos, no tardarán en suspender su acuñación. La plata va á entrar á representar su papel puramente metálico é industrial. Su empleo, cuando haya llegado al cambio de 20 francos el kilogramo, hasta será un gran recurso, por cuanto para gran número de usos no tiene rival más que en el oro mismo. El hierro y el cobre han tenido también sus horas de gloria antes de descender de su rango en la familia de los metales hasta que la química los desbanque y los reduzca al estado de metaloides. La abolición del bill Sherman, al marcar la depreciación de la plata-metal, hace cada vez más necesaria y urgente la denuncia de la Unión latina.» La situación en que se encontrará en breve nuestra nación será gravísima, si pronto no se atiende á impedir la acuñación de la plata y á evitar que se exporte el oro al extranjero. Es una nueva dificultad con que ha de luchar

nuestro Gobierno, que tiene ya hartos quebraderos de cabeza.

* * *

Se los ha dado indudablemente la huelga de los factores en la línea de Madrid á Zaragoza y Alicante. La perturbación que este acto produjo en el movimiento es incalculable. Muchos trenes de mercancías quedaron detenidos en diversas estaciones y otros no pudieron despacharse con daño de la Compañía y causándose trascendentales perjuicios al comercio. Coincidió esto con la necesidad en que se hallaba el Ministerio de enviar tropas, municiones y pertrechos al África, para lo cual era la huelga un obstáculo ó cuando menos un entorpecimiento. Se rogó á los factores huelguistas que por un sentimiento patriótico depusiesen su actitud ahora y reanudasen sus tareas, á fin de cortar los inconvenientes indicados y otros muchos que se presentaron. Esta súplica no fué escuchada de momento, si bien muy pronto volvieron los huelguistas á sus puestos. Es doloroso tener que registrar repetidamente sucesos de esta índole. Si los factores tenían quejas fundadas de la Compañía, podían hacerlas llegar á conocimiento de las distinguidas personas que forman el Consejo y de seguro hubieran sido atendidas, más ó menos tarde, si en realidad hubiese existido motivo para formularlas. Si el Consejo no las hubiese tenido en cuenta, no les era cosa tan difícil á los reclamantes acudir al ministro del ramo y hasta á las Cortes, que hubieran intervenido con la Compañía para llegar á una avenencia.

* * *

Las últimas noticias de Melilla indicaban con claridad que se iban regularizando las operaciones merced á la intervención del general Macías, nombrado comandante general de la plaza, como saben nuestros lectores. Este militar había manifestado al Ministro de la Guerra que no le enviase más tropas, mientras no se hubiesen dispuesto alojamientos para ellas. La operación por medio de la cual fueron aprovisionados los fuertes próximos á la ciudad había producido muy buen efecto y lo ha causado también en toda Europa, á juzgar por el lenguaje de los periódicos. Éstos, en particular los ingleses, dicen que no le han de arredrar á España ciertos reveses que pueda experimentar en su lucha con los rifeños, porque con tribus salvajes fallan las previsiones del militar más hábil. Los ingleses, añaden á este propósito, que han tenido sus armas derrotas verdaderas en sus combates con tribus salvajes ó semi-salvajes en el África, en la India y en otras regiones. Hace poco le ha pasado esto con la tribu de los matabeles en la región del Mashonaland. En general la prensa europea se muestra propicia á España en la cuestión del Riff, y sólo algún periódico inglés le aconseja que no se proponga llevar á cabo conquistas de territorio, para evitar conflictos internacionales.

* * *

A los motivos de disgusto que teníamos, se añadió la noticia que trajo el telégrafo, con su habitual laconismo, de la terrible catástrofe é incendio ocurridos en Santander el día 3. En el vapor *Machichaco* de la compañía vasco-andaluza amarrado al muelle Maliaño de la expresada ciudad, se inició un incendio, y cuando se trabajaba en extinguirlo ocurrió una fuerte explosión de dinamita, de que llevaba cargamento el referido buque. Propagóse el fuego en seguida por la población, ardió la calle de Mén-

dez Núñez y se originó una espantable conflagración en medio de la cual perecieron muchas personas, entre ellas el Gobernador de la Provincia. Esta noticia causó aquí impresión aterradora, y ante la magnitud de la desgracia se pensó en enviar socorros á los santanderinos. El alcalde reunió el cuerpo de bomberos, y éste, con notable rapidez, se juntó en el Parque con el comandante, el arquitecto señor Falqués, al frente, los demás jefes y el material de extinción y de salvamento, del que formaban parte dos bombas de vapor. A la vez, el Excelentísimo señor Marqués de Comillas, que tanto se ha desvelado siempre por Santander y que tuvo parte principalísima en la preparación de aquellos auxilios, había dispuesto que estuviese pronto un tren especial de la línea del Norte, para salir á las nueve de la noche. Barcelona hubiera, pues, acudido en ayuda de Santander con su benemérito cuerpo de bomberos y excelente material del mismo, mas por fortuna un telegrama en que anunciaba la conclusión del incendio hizo innecesario el viaje.

* * *

¡Otra espantosa catástrofe! Una mano criminal, cobarde, salvaje, con alma fiera hizo que reventara una bomba en una fila de sillones del Teatro del Liceo, la noche de inauguración de la temporada. Quedaron muertas muchas personas, otras mal heridas y no pocas maltrechas. El espectáculo del Liceo era horroroso. ¡Dios se apiade de nosotros! ¡Que Él en su infinita misericordia haya perdonado á las víctimas!

B.

Atendida la importancia que tiene hoy para todos los españoles y para toda Europa la cuestión de Marruecos, hemos creído que nuestros suscriptores leerán con gusto algunos de los trozos de la obra que sobre el citado país escribió el reputado y popular Edmundo de Amicis, uno de los escritores que sin disputa recorrió más detenidamente aquel imperio y estudió con gran cariño sus usos y costumbres.

Marruecos ⁽¹⁾

POR

EDMUNDO DE AMICIS

TÁNGER

Mi primera ocupación en cuanto quedé solo, consistió en observar las condiciones de la casa en que me hallaba, pudiendo desde luego consignar, que la morada de un ministro europeo en África, y sobre todo de un ministro en el ejercicio de sus funciones, que hace los preparativos indispensables para un viaje al interior, es un objeto verdaderamente digno de observación. Por lo que se refiere al edificio, nada tiene que le dé carácter extraordinario: blanco y desprovisto por de fuera de todo adorno, precédele un jardincillo; ostenta en el centro un patinejo, y en éste cuatro columnas sobre las cuales descansa una galería cubierta, que á la altura del primer piso da la vuelta en derredor. Es un edificio parecido á

(1) Esta interesante obra se publica por la casa editorial de los señores Espasa y Comp.^ª, y consta de un tomo de 484 páginas ricamente ilustradas con tipos, vistas y costumbres de los habitantes de Marruecos.

las casas de familia acomodada de Cádiz ó de Sevilla: en cambio las gentes y, en especial, su manera de vivir, fueron para mí cosa nueva completamente. El ayuda de cámara y el cocinero eran italianos, del Piamonte: había una criada mora de Tánger y una negra del Sudán, que iban descalzas: los criados y mozos de cuadra eran árabes y vestían largas túnicas blancas: la guardia consular usaba fez, caftán rojo y puñal, y todo el mundo estaba en continuo movimiento. Además, á ciertas horas se unía un enjambre de operarios hebreos, ganapanes negros, intérpretes, soldados del bajá y moros protegidos de la Legación, que formaban entre todos una baraúnda espantosa. El patinejo rebosaba de cajas, camas de campaña, tiendas y faroles, escuchándose continuamente el seco golpear del martillo, el estridente chirrido de la sierra, y la voz de las gentes del servicio doméstico que

portado á un teatro en el cual hubiese tenido lugar la representación de un baile mímico de asunto oriental.

Hechas estas observaciones, ocurrióme que, antes de ocuparme en el estudio de las costumbres, me convenía enterarme, por medio de alguno de los libros de mi huésped, de las circunstancias del país en que me hallaba.

Esta región, comprendida entre el Mediterráneo, la Argelia, el desierto de Sahara y el Océano, atravesada por la vasta cordillera del Atlas, cruzada por algunos ríos caudalosos, abundante en dilatadas llanuras, en la cual se encuentran todos los climas; rebosando en inestimables riquezas correspondientes á los tres reinos de la Naturaleza, y destinada por su posición á ser la principal vía de comercio entre Europa y el África central, cuenta al presente con una población de unos ocho millones de habitantes, berberiscos, moros, árabes, hebreos, negros y europeos, esparcida en un territorio más extenso que la Francia. Los berberiscos, que forman el fondo de la población indígena, salvajes, turbulentos, indómitos, moran en las inaccesibles estribaciones del Atlas, casi en independencia absoluta de la autoridad imperial: los árabes, pueblo conquistador, ocupan la parte llana, haciendo la vida nómada del pastor, y conservando notables rasgos de la fiera de su antiguo carácter: los moros, árabes cuya raza ha degenerado al cruzarse con otras, descendientes en su mayor parte de los que durante largos siglos vivieron en España, habitan en las ciudades y son los dueños de la riqueza, del comercio, de los cargos públicos: los negros, cuyo número se acerca á quinientos mil, proceden del Sudán, y se ocupan en los quehaceres domésticos como criados, en las faenas agrícolas, ó sirven como soldados: los hebreos, en número casi igual al de los negros, descendientes casi todos de los desterrados de Europa en la Edad Media, oprimidos, vejados, odiados y perseguidos como en parte alguna, se dedican á las artes, á los oficios y al comercio, y con el ingenio, la ductilidad y la constancia que caracterizan á su raza, se industrializan de mil distintos modos, hallando una compensación á las vejaciones de que son víctimas, en la posesión de las riquezas arrancadas á sus opresores: los europeos, á los cuales la intolerancia musulmana va paulatinamente arrojando del interior, para dejarlos reducidos á la costa, y que no llegan á dos millares en todo el imperio, habitan principalmente en la ciudad de Tánger, viviendo con toda seguridad á la sombra del pabellón de los consulados. Esta población heterogénea, dispersa, inconciliable, más bien que amparada, hállase oprimida por un gobierno despótico, que como un pólipo inmenso chupa todos los humores vitales del Estado. Las tribus y las aldeas obedecen á los jeques; las ciudades y poblaciones á los caides; las provincias al bajá, y el bajá al Sultán, gran scherife, pontífice máximo, juez supremo, ejecutor de la ley que de él emana, y dueño de cambiar á su antojo moneda, impuestos, pesos y medidas; en suma, señor absoluto de las vidas y haciendas de sus súbditos.

Bajo el peso de semejante gobierno, y reducido al inflexible círculo de hierro de la religión musulmana; fuera del alcance de todo influjo europeo, é impregnado de un fanatismo salvaje, cuanto en los demás países se mueve y se agita, permanece en éste inmóvil ó semiarruinado. El comercio yace oprimido por el monopolio, por las disposiciones prohibitivas de importación y exportación, y por la caprichosa movilidad de las leyes. La industria, reducida á la inacción, merced á las trabas puestas al comercio, encuéntrase en el mismo estado en que se hallaba al ser lanzados los moros de España, con



Soldado marroquí

se llamaban entre sí con los nombres de Fátima, Racma, Selam, Mohamed, Ali, Abd-er-Rhaman. ¿Y qué diremos de la mezcolanza de las lenguas? Un moro daba un recado en árabe á otro moro, que lo transmitía en español á la criada, y ésta á su vez lo repetía en piamontés al cocinero. Era aquello un encadenamiento continuado de traducciones, comentarios equívocos, dudas y exclamaciones, bordado de *Por Dios*, de *Alá*, y de juramentos é interjecciones italianas. En la calle veíase una verdadera procesión de caballos y de mulas: ante la puerta un grupo de curiosos, ó de pobres diablos, árabes y hebreos, aspirantes á una protección lejana de parte de la Legación: de cuando en cuando la visita de un ministro ó de un cónsul, ante cuya presencia inclinábanse todos los fez y todos los turbantes: á cada instante la aparición de un mensajero misterioso, de un uniforme desconocido, de una cara extraña, y en resumen, un conjunto abigarrado, confuso y variado hasta lo infinito, de figuras, colores, ademanes, voces, acentos é idiomas, en donde sólo faltaba la música para que el espectador se hubiese creído trans-

sus instrumentos primitivos y con sus infantiles procedimientos. La agricultura, cargada de gabelas, sin derecho á la exportación de productos, limitada á proveer las necesidades más indispensables de la vida, hállase en tal estado de decadencia que apenas si merece el nombre de arte. La ciencia, ahogada por las prescripciones del Corán, y contaminada de toda suerte de supersticiones, redúcese en las escuelas superiores á algunos elementos insignificantes, tales cuales se enseñaban hace seiscientos años. No existen imprentas, ni libros, ni cartas geográficas: hasta la misma lengua, corrupción del árabe primitivo, sólo representada por medio de una escritura imperfecta y variable, va degenerando incesantemente: el carácter nacional se corrompe en la general decadencia, y toda la antigua civilización musulmana desaparece. Marruecos, este lejano baluarte occidental del islamismo, asiento un día de un reino poderoso que dominaba desde el Ebro al Sudán, y del Níger á las Baleares, lleno de florecientes universidades, de riquísimas bibliotecas, de sabios ilustres, de ejércitos y flotas formidables, no es al presente otra cosa más que un Estado insignificante, poco menos que desconocido, desolado y miserable, que opone sus postreras y débiles fuerzas á la invasión de la civilización europea, y que se mantiene sobre sus carcomidos cimientos, merced á los celos que su posesión despierta en las diferentes naciones de Europa.

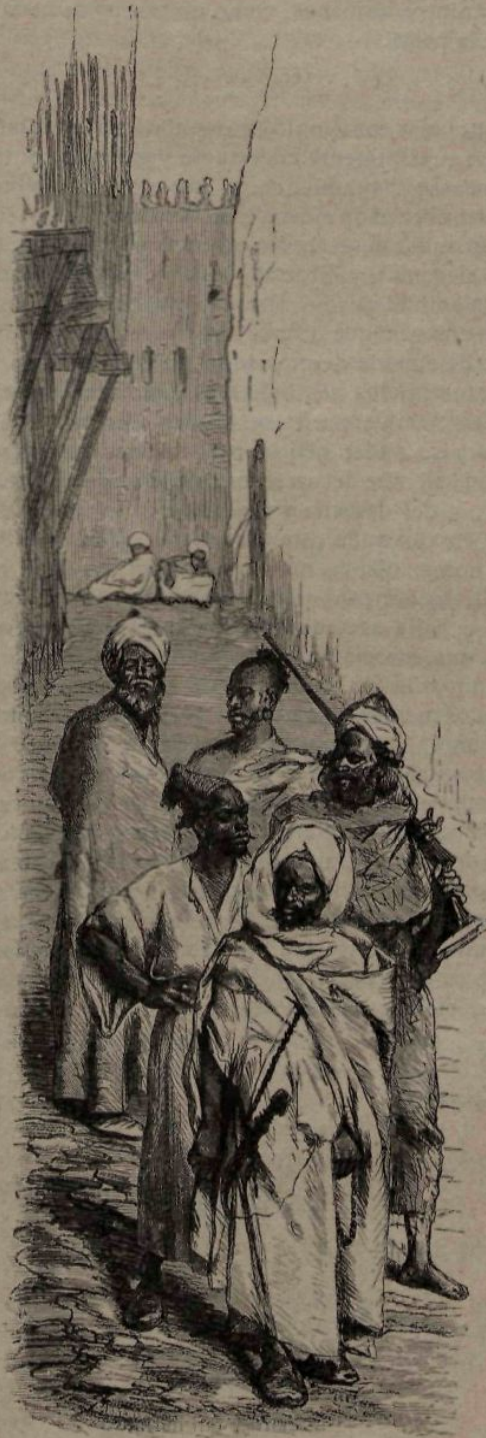
En cuanto á Tánger, la antigua *Tingis*, que dió nombre á la Mauritania tingitana, y pasó sucesivamente del poder de los romanos al de los vándalos, de los griegos, de los visigodos, de los árabes, de los portugueses y de los ingleses, es una ciudad de quince mil almas, á la cual sus demás hermanas del imperio consideran como una «prostituta de los cristianos,» siquiera no queden ni restos tan sólo de las iglesias y monasterios que fundaron en ella los portugueses, y aun cuando la religión cristiana tenga sólo una pequeña capilla semiescondida entre las casas consulares.

Con tales precedentes díme á recorrer las calles de Tánger, con el propósito de hacer estudios preparatorios para mi viaje, notando día por día mis particulares observaciones. Véanse á continuación algunas de ellas, aisladas, incompletas, pero escritas bajo la inmediata impresión producida por los espectáculos, y por consiguiente, más eficaces y exactas que una descripción meditada.

* * *

Confieso que me siento humillado cada vez que pasa junto á mí un moro en traje de fiesta. Comparo mi sombrero con su enorme turbante de muselina; mi escueta americana con su holgado caftán celeste ó rosado; la angostura, en suma, de mi vestimenta negra ó gris, con la amplitud, la blancura y la sencilla y elegante majestad de la suya, y antójase que mi facha ha de tener algo de semejante á la de un escarabajo junto á una mariposa. Á veces desde la ventana de mi habitación me paso horas enteras contemplando un palmo de calzón de color de sangre y una babucha amarilla de oro, que asoman detrás de una pilastra, junto á la plazoleta, y experimento un placer tal, que me es imposible apartar la mirada de semejantes objetos. Pero lo que más me enamora y hasta excita mi ambición, es el jaique, aquella luenga pieza de lana ó de seda blanquísima, con rayas transparentes, que se arrolla alrededor del turbante, cuelga sobre la espalda, rodea el talle, descansa sobre el hombro, desciende hasta los pies, y velando vagamente los vivos colores del vestido, al más leve soplo de la brisa tremola, ondea, se hincha,

parece que se inflame bajo los rayos del sol, y comunica á toda la persona la vaporosa apariencia de una visión fantástica. En este bellísimo velo el musulmán enamorado envuelve y estrecha consigo á su esposa en la noche de sus bodas.



Tipos marroquíes

* * *

El que no lo haya visto no puede comprender hasta qué punto posee el árabe el arte de tumbarse. En el sitio en que nosotros nos veríamos embarazados para colocar un saco de harapos ó un haz de paja, encuentran ellos manera de acomodarse tan perfectamente como en un colchón de pluma. Se adaptan á todas las desigualdades, llenan todos los huecos; se adhieren á las paredes cual si fuesen bajo relieves, se alargan, se encogen según los ac-

cidentes del terreno, hasta tal extremo, que nadie diría al verlos, sino que son mantos blancos puestos á secar: se retuercen, toman la forma de bola, de cubo, de monstruos sin brazos, ni piernas, ni cabeza; de manera que las calles y las plazas de las ciudades parecen sembradas de cadáveres y troncos humanos, como un campo de batalla después de la pelea.

* * *

Cuanto más contemplo estas gentes, mayor admiración me causa su continente majestuoso y gallardo. Entre nosotros apenas si hay uno que, ó por angostura del traje, ó por llevar el calzado ajustado en demasía, ó por vicio, no tenga un andar desgarbado: en cambio el árabe se mueve con la elegancia y libertad de movimiento propios de soberbio animal salvaje. Por más que busco, no logro encontrar uno solo que ofrezca aquel aire de jaque, de bailarín, ó de amante desgraciado ó no comprendido, á que tan acostumbrados nos hallamos, merced á lo que abundan tales ejemplares en nuestro país. En su noble continente, en su andar majestuoso, se encuentra algo de la gravedad solemne del sacerdote, de la respetable majestad del rey, y del desgaire y desenfado del militar. Y es en verdad cosa extraña que esa misma gente que se pasa tantas horas, casi la mayor parte del día, acurrucada, inmóvil, poco menos que entorpecidos sus músculos, en cuanto se halla acosada por una pasión, despliegue una fuerza, una energía y un vigor en la expresión del rostro y en la modulación de la voz que rayan en frenesí. Mas aún en los momentos en que se abandonan al dominio de las pasiones, conservan una especie de dignidad trágica que de seguro podría servir de modelo á muchos actores. Dificilmente olvidaré al árabe de esta mañana, un anciano alto y flaco que, habiendo recibido por una nonada un mentís de otro, de un cualquiera, con el cual había estado discutiendo tranquilamente, pálido, convulso, ha retrocedido unos pasos, y después ha echado á correr calle abajo cubriéndose el rostro con las manos crispadas y lanzando rugidos de ira y de dolor. En mí vida he visto una figura más terriblemente bella.

Traducido del italiano por
C. V. DE V.

(Continuará).

La Inocencia

CORRE manso y suave
arroyo cristalino,
espejo solitario
entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,
y tan puro y tan tímido,
como el alma inocente
del inocente niño.

Tus márgenes fecundas
á tu influjo benigno
coronadas se ostentan
de pomposos jacintos.

Dobléganse los tallos
trémulos, indecisos,
y en tu corriente flotan
capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,
entrelazados mirtos,
cándidas azucenas
y violetas y lirios,

sobre el borde asomados
de tu raudal tranquilo,
tu corriente matizan
de colores distintos.

El aura, de quien eres
amado y bendecido,
te besa, y al besarte
se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas
dan á sus plumas brillo;
solícitas las beben
para endulzar sus trinos.

— «¿Quién eres, manso arroyo?
¿Qué poderoso filtro
te da tanta pureza,
te da tantos hechizos?»

Así Lálage un día
la de mirar divino,
la de la tez de rosa,
la de los blandos rizos,

siguiendo del arroyo
los caprichosos giros,
le hablaba y le decía
con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce
como es dulce un suspiro,
gimiendo entre la espuma,
— «Es la inocencia,» dijo.

Y desde entonces Lálage,
con afán infinito,
baña sus labios puros
en el raudal tranquilo.

JOSÉ SELGAS.

Mujer

(CONTINUACIÓN)

III



RAMIRO permanecía plantado, tranquilo, despreciativo, y más blanco que su corbata, esperando al antiguo *inseparable*.

El que nunca hubiese visto como ocurre un lance en un salón, se admiraría de seguro, al advertir que se puede provocar con tan pocas palabras, dichas en voz tan baja, y sin que las acompañe ningún ademán violento.— De los dos hombres que, poseídos de furia mortal, se medían con inflamados ojos, el más sereno era sin duda Ramiro; la razón es bien sencilla: traía premeditado y calculado el conflicto, como diestro mecánico que prepara el juego de un resorte, mientras Alfonso tenía en contra suya la sorpresa, la

rabia y el desairado papel del marido á quien todos han visto ultrajar.

Porque Alfonso no podía dudarle; el movimiento de Dávalos había sido notado por el grupo de la puerta, y en especial por el insigne fisgón Cetina; y lo que más enloquecía al enamorado esposo era el que Ana, en vez de indignarse, se hubiese vuelto, con la sonrisa del placer en los brillantes ojos, y el carmín de la alegría en las mejillas juveniles. ¿Era posible tanta infamia? ¿En dos horas de conversación se rinde así una mujer; no ya Ana, su Ana, sino otra cualquiera? ¡Condenación y muerte! Alfonso oía el ligero castañeteo de sus dientes apretados.

Y no obstante, al encararse con Ramiro, se aplanó. Aquel ofensor era un ofendido; aquel burlador, un vengador, cuyos justos móviles mejor que nadie entendía la Cueva, y cuya presencia sola era para él un castigo. Mientras Dávalos esperaba arrogante y desdeñoso, la Cueva avanzaba perdiendo á cada paso el vapor de cólera que le sostenía. Quedóse en pie, amenazador aún, pero falto ya del irresistible empuje que presta la razón al que la tiene. El primero que rompió á hablar fué Dávalos:

—¿Qué traes, Alfonsillo? preguntó con voz que silbaba como una culebra, y en que la entonación del desdén al pronunciar el diminutivo era maravillosa obra de arte; tanto, que logró devolver al interpelado su primer brío, haciéndole exclamar con ahogada ira:

—Lo que traigo te lo diría de distinta manera, pero te vale que aquí no es sitio á propósito...

—Pues vamos á otro, respondió con naturalidad y sin alzar poco ni mucho el diapasón Ramiro, haciendo á la atónita señora respetuosa cortesía, algo ceremoniosa y exagerada quizás.

—Vamos, confirmó Alfonso tratando de pasar al salón y sin poder conseguirlo, porque una onda de gente, azuzada por la curiosidad, que cunde como el reguero de pólvora, se amontonaba allí. Más resuelto Dávalos, hizo un quiebro, enjaretó por la otra puerta su cuerpo flexible y resistente de *sportman*, salió á la sala, y con desembarazo se dirigió á la antecámara, donde un criado, habiéndole visto de lejos, ya buscaba su abrigo y se lo presentaba extendido por los hombros.

Al hallarse contenido por una pared de cuerpos humanos, Alfonso reflexionó, y creyó ver claro que sin Ana no podía marcharse. ¿Por qué? Él mismo no acertaba á definirlo, pero marcharse sin Ana le sonaba á inconveniencia enorme. La verdad es que ni esta idea ni las otras se precisaban mucho: en la cabeza de Alfonso rodaban, se entrechocaban y se herían, á guisa de encarnizados combatientes. Sorpresa, espanto, rabia, dolor de celos repentino, agudo y furioso, y en medio de todo otro sentimiento nuevo, extraño, que aún no se delineaba bien y sólo revestía forma cautelosa.—«Esta es una red, una trampa para cazarme.»—pensaba, revolviéndose como la alimaña montés que efectivamente ha caído en el lazo. Y cazado estaba, no lo podía dudar. Las sonrisas, los cuchicheos, las ojeadas entre susto y malignidad de las damas, la cara repentinamente grave de los hombres, la oficiosidad del *vigia*, que se pegó á él y á Ana con mil preguntas y otros tantos ofrecimientos vagos é impertinentes, bien probaban que entre los tertulianos de Lanzafuerte nadie ignoraba ya el caso, con todos sus picantes pormenores y su gravísima transcendencia.

Una sola persona, una no más, incapaz de darse cuenta de lo acontecido, permanecía asombrada, herida de estupor. Ya se comprenderá que era Ana, en quien se fijaban todos los ojos con avidez burlona ó compasiva. ¡Vamos,

que no se estrenaba mal la Monclaritos! ¡Para primer salida, menudo escándalo! El run run, desde el salón, llegaba ya al gabinete de tresillo, y las cabezas calvas como perillas de balcón y los moños complicados donde chispeaban los brillantes, se volvían, desatendiendo el juego por comidilla más sabrosa. De algún ángulo se oyeron salir dos ó tres carcajaditas ligeras, reprimidas instantáneamente. Un hombre, Perico Gonzalvo, satélite de Dávalos, levantó un instante la voz en repentina disputa. La dueña de la casa, la misma marquesa de Lanzafuerte, aprovechándose de que la correspondía dar, se levantó y con cuanta prisa pudo corrió á ver qué le pasaba al sobrino. El sobrino ya estaba pidiendo el abrigo de su mujer, y ésta, pasando del asombro al azoramiento y del azoramiento al terror irreflexivo, se ponía atropelladamente la preciosa manteleta, y sin esperar á que la ofreciesen el brazo, bajaba las escaleras á escape, en su afán de quedarse sola con Alfonso y preguntarle qué ocurría. Pero al instantáneo rodar de la berlina, cuando el lacayo posaba la mano en la portezuela para abrirla, Alfonso dijo á su mujer con voz alterada:—«Véte á casa y espérame;»—y en la esquina del caserón, en la zona de luz de la farola, vió Ana destacarse la gallarda silueta de Dávalos. Arrancó la berlina. El corazón de la dama saltó en el pecho. Si comprendió á medias tan sólo, alarmóse completamente: adivinó el lance, y lo adivinó terrible, peligroso, mortal. El mismo temor la paralizó: quería tirar del cordón para que el coche se detuviese; pero el cochero, por descuido, no lo llevaba puesto. Hirió con la mano los vidrios; el retemblido del carruaje cubrió el estrépito de los golpes. Gritó entonces sacando la cabeza por la portezuela, y al cabo fué oída.—«Vuelva usted á la casa de la señora marquesa...»—El cochero obedeció dando un codazo al lacayito, y al pararse los caballos, con gran resbale de herraduras, ante el viejo palacote de Lanzafuerte, Ana, antes que llegase á saltar del coche, vió á su marido que volvía y á Ramiro Dávalos que se alejaba.

—¡Alfonso, Alfonso!

—¿No te dije que me aguardases allá? contestó él duramente, entrando y dejándose caer en los cojines.

La conversación que se entabló fué á voces, porque el ruido del coche no permitía entenderse en tono natural y moderado.

—¿Qué pasa? A ver si me entero, hijo...

—Pues tú eres quien mejor lo sabe, exclamó con atroz retintín el marido.

—¿Yo? ¿Yo, por qué?

—Tú... ¡Está bueno! Cualquiera pensaría que el beso fué á mí.

—¿El beso? ¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué beso?

—¡Vamos, hija, no me apures la paciencia! No acostumbro tratar mal á las mujeres... y á tí... á tí, menos, aunque hoy... ¡Quién me lo diría!

Y Alfonso rió nerviosamente.

—¡Fonso, alma mía... mira que no te entiendo, que no te entiendo... ¡Parece como si tuvieses alguna queja de mí... Habla claro; que nos expliquemos, por Dios y su santa madre!

Cual si se prestase al deseo de la dama, la berlina rodó más despacio por la entonces solitaria calle Mayor, y Alfonso, sintiendo lo cariñoso de la insistencia de su mujer, se enterneció, y exclamó casi con lágrimas en la garganta:

—Ana... si no fuese porque otros lo vieron... yo creería que era sueño ó chifladura mía... que Ramiro Dávalos te besó en un hombro!



Amatiz
Rio de Janeiro

VISTA GENERAL DE RIO DE JANEIRO



DOLCE FAR NIENTE
CUADRO DE FRANCISCO MIRALLES

—¡A mí!... Fonso... ¿A mí?

—¡Claro que á tí!... Si fuese á otra... ¿qué me importaba?

Y la Cueva cerró los puños y ocultó el rostro en el mullido rincón del coche.

—Pero ¿cuándo?... ¿cómo?... ¿en dónde pasó esa atrocidad que dices? gritó la dama, ya recobrados su energía y aplomo para protestar.

—¡Si bien lo sabes!... ¡En el comedor... cerquita del nicho de las lozas!

—Alfonso,—exclamó la señora rehaciéndose y revelando en su acento gran energía,—suspendamos esta conversación hasta llegar á casa. Apenas nos oímos; tenemos que gritar, y pueden los cocheros... Dentro de diez minutos... Silencio ahora.

Calló Alfonso y esperó, muy fosco y cabizbajo. La escalera del hotelito no la subieron del brazo, sino ella delante, pálida y silenciosa, y él detrás, no menos sombrío. La doncella, que velaba, se presentó dispuesta á hacer su oficio desnudando á la señora; despidiéronla, y se fué pensando para su sayo:—«Cosas de novios.»—Alfonso corrió á echar la llave del salón, que con un gabinete, un cuarto de tocador y el espacioso dormitorio, formaba el departamento de Ana; y volviendo hacia su mujer, que aguardaba de pie, recostada en la chimenea aún tibia, murmuró sordamente:

—Ya no tenemos escuchas.

—Mira, Fonso,—dijo Ana irguiendo la cabeza y fijando en su marido los irradiadores ojos.—Al casarme no sé si te quería ó no, porque como es uno tan inocente... se me figura que no tiene aplicación á aquel tiempo la palabra *querer*. Ahora sé de fijos que... —La voz de Ana se humedeció—que te quiero... y basta. Mientras te quiera así... no pueden suceder barbaridades como esa que dices. No concibo, sintiendo lo que siento, que tengas ni asomo de celos, cuanto más... Bueno: pues siempre que me ocurrió el temor de que tú te celases por cualquier motivo... ¡porque no creas que no me ocurrió! ¡yo soy muy cavilosa! pensé que no debía defenderme, sino sólo darte mi palabra de honor de que tus celos eran infundados, y si esto no te bastaba y sobraba...

Y terminando el período con la acción, Ana, majestuosa y sencilla, echó á andar camino del gabinete.

Alfonso, conmovido ya, la detuvo.

—Hija... ¡Pero atiende! ¡Eso de la palabra de honor... es bueno para nosotros!

—No—repuso Ana—nunca lo he creído; nuestro honor consiste en lo mismo que el vuestro: en la lealtad y la sinceridad. Nuestro honor lo mancha también la mentira. Yo te aseguro, bajo palabra de honor, que todo cuanto dijiste sobre un desmán de Ramiro Dávalos conmigo, me coge tan de nuevas, que me parece invención ó broma de mal gusto. Y no sé más ni me disculpo más.

—Pues yo, bajo palabra de honor, te aseguro también que he visto á Dávalos, estando tú de espaldas, permitirse el desmán... y lo peor es que como yo lo ví lo vió Cetina, y como Cetina media docena, que equivale á verlo toda la tertulia, que equivale á ver cosas aún peores todo Madrid. Y tú te volviste con cara muy placentera, en vez de sorprenderte ó de indignarte...

Ana no respondía: reflexionaba. Su pie, flexible dentro del calzado de raso perla, hería impaciente uno de los remates dorados del guardafuego. Una arruga honda ple-gaba su ebúrnea frente. Sus labios temblaban.

—No tengo que añadir sino que tal desmán no llegó á conocimiento mío... Y el caso es que no creo que te

propongas... matarme ó volverme loca por gusto, inventando esa historia. Escucha... ¡dí la verdad! ¿Teníais tú y Ramiro algún disgusto anterior? ¿Le interesaba á Ramiro, por cualquier motivo, ponerte en evidencia ante el público? Porque ya me extrañó bastante aquello de pegarse á mí toda la noche, de no soltarme, de obsequiarme con tanto empeño... Y al mismo tiempo que me acosaba, no me decía sino insulseces indiferentes y cosas muy formales, como si en vez de hablar con una mujer joven hablase con un señor machucho...

A medida que Ana se expresaba así, la cara de su marido se iluminaba como si el sol barriese de ella un densísimo nublado: sus pupilas, antes siniestramente turbias, destellaban amor y contento; sus brazos se tendían, sus rodillas se doblaban. Cayó en el sofá más próximo á la chimenea, pero arrastrando consigo á Ana, á quien había cogido fuertemente por la cintura. Palabras inarticuladas y un dulce silencio completaron la reconciliación.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).

Nueva Orleáns

POR
JULIÁN RALPH

(CONTINUACIÓN)

AUNQUE Nueva Orleáns es, como he dicho, el refugio de los frioleros en invierno, háy que considerarla como un prototipo de las ciudades meridionales, pues todo está en ella hábilmente calculado para resistir los rigores del estío, como es de ver en los jardines y espaciosas galerías de sus casas. La temperatura es allí elevada desde Junio hasta Noviembre, durante cuyo período las familias acomodadas suelen trasladarse á las comarcas montañosas.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

El antiguo barrio francés

Los más ricos suelen pasar el invierno en Nueva Orleáns y el verano en París. Los que no pueden hacerlo sostienen que la estación calurosa no es tan insoportable como se ha dado en decirlo, porque la brisa refresca sin cesar el ambiente. Lo mismo decimos en New York, en

Filadelfia, en Boston y en San Luis. Pero á mí me parece que el clima de Nueva Orleáns es enervador en verano. Para convencerse de ello basta fijarse en las condiciones arquitectónicas de sus edificios, ora sean antiguos ó modernos, construídos por los criollos ó por los americanos.

Nótase sobre todo en los grandes balcones corridos que se ven en todas las calles y á los cuales corresponden



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers

Casas de campo de Claiborne, en los pinares próximos á Nueva Orleáns

otros tantos en la parte posterior de las casas, todas provistas de patios y jardines. Los criollos, no pensando sino en las molestias del calor, edifican sus viviendas como los italianos, conformándose con pasar una corta temporada del año junto á la estufa, á trueque de disfrutar la mayor parte de él de una agradable temperatura.

Paseando por la ciudad nueva dijéronme un día las amigas de mi mujer mostrándome los balcones de las casas:

—Deberíais verlos en verano antes de mar-



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Un balcón del antiguo barrio francés

chase la gente ó al volver de su expedición al campo. Entonces toda la población sale á tomar el aire y todos los balcones están llenos de señoras cubiertas de vestidos claros, sobre todo blancos, porque aquí no hay ninguna que no los tenga á docenas. En esa época hacen las visitas en coche, con la cabeza descubierta, y se les pasa el tiempo abanicándose y tomando el fresco.

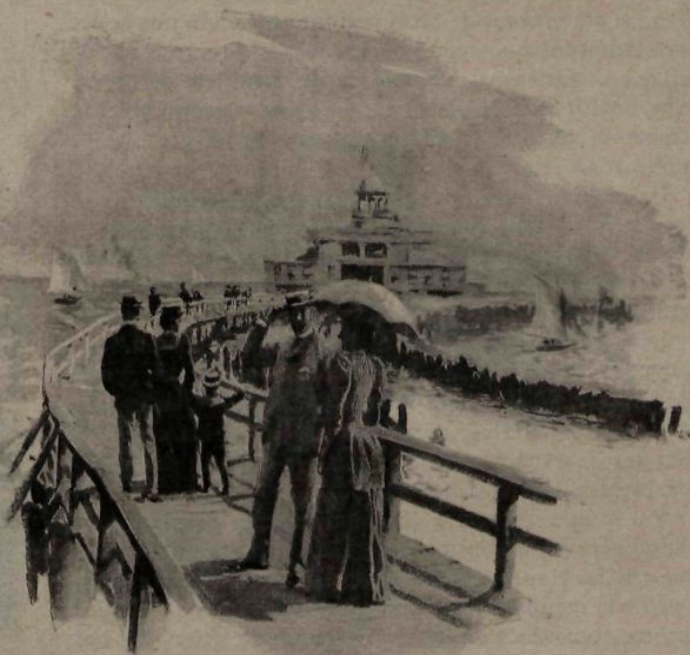
La verdad es que el abanico figura en el país entre los artículos de primera necesidad, porque parece mentira lo que abundan allí los mosquitos.

El agua de que se surte la población es procedente del Mississippi. Generalmente no se gasta en los clubs, pero en cambio no tienen reparo en servirla á la mesa en los dos

primeros hoteles de la ciudad. Las aguas efervescentes son demasiado flojas y gaseosas para apagar la sed, y así, díme á beberla del río y adopté la costumbre local de echarme encima un gran jarro de agua filtrada después del baño. En el barrio de los americanos no se bebe otra.

Una de las cosas más típicas y verdaderamente curiosas de Nueva Orleáns es la abundancia de cisternas, ó, hablando con más propiedad, de receptáculos del agua de lluvia. Son unos enormes cilindros de madera cuya forma los asemeja á grandes melones cortados por ambos extremos. Los criollos se sirven para ello de unas ánforas de barro que recuerdan las famosas vasijas de Alí Babá. Tienen como la mitad ó las dos terceras partes del tamaño de los barriles de harina y unas formas muy simétricas. Las envían del Mediodía de Francia. Pintanlas con colores muy vivos y contribuyen al adorno de los frescos y sombríos patios de

las viviendas particulares. De estos depósitos se sacan las nueve décimas partes del agua que se gasta para guisar y para la bebida; de modo que cuando escasea, lo que acontece dos ó tres veces al año, se pasan muy malos ratos en los barrios pobres. Desde que yo estuve allí se han adquirido filtros para hacer potable el agua fluvial y con ella había mejorado mucho la población en este concepto.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

El Club de Regatas de Nueva Orleáns

A mi juicio, el punto más fresco de Nueva Orleáns, en verano, debía ser el Club Boston. En muchas cosas recuerda los de la isla de Cuba, pero es mucho más pequeño; blanco por defuera y muy desahogado por dentro, porticado á derecha é izquierda, y con tan buena ventilación, que en verdad no podrían elegir mejor sitio los fumadores y los jugadores de cartas que lo frecuentan.

Hay en Nueva Orleáns cuatro clubs muy notables, todos en fila y muy cerca el uno del otro en la calle del Canal. El Club Boston es el más antiguo y aristocrático. Fué fundado en 1845 y pusieronle este nombre, no para

honrar á la Atenas americana, sino en memoria de un juego de cartas que á la sazón hacía furor en aquellas regiones. También hay el club comunmente llamado del Ajedrez, aunque su verdadero título es Club del Ajedrez, las damas y el whist. La Armonía es el club de los judíos, lo cual no quiere decir que sea un centro de sectarios. El más moderno por la fecha de su fundación y por su espíritu es el titulado Pickwick. La actividad social está concentrada en unos barrios en los cuales los hijos del Norte nos encontramos como en casa. En el piso bajo hay un comedor y un salón para señoras; el primero decorado con extremado lujo artístico. Allí, después de la ópera, de una excursión á caballo ú otra expedición por el estilo, se reunen las beldades más conocidas de la antigua y la nueva ciudad para cenar á la suave luz de la electricidad en compañía de los hombres que estuvieron con ellas en el espectáculo ó en la salida de campo. Entretanto en el piso primero el sexo feo continúa siguiendo sus tradicionales costumbres como si no hubiese una mujer en una milla á la redonda.

El mejor sitio para ver las hermosas más renombradas de Nueva Orleáns es el Teatro de la Ópera francesa. Las noches de buena función ó de moda vense allí docenas de mujeres blancas como la leche y con las mejillas frescas como una rosa ó morenas y agraciadas de negros ojos y azulada cabellera; criollas españolas de rostro ovalado, rasgados ojos y tez pálida y morena, altivo continente y labios mortíferos como el arco de Cupido. Entre ellas están las americanas de otras regiones luciendo una ecléctica hermosura que recuerda los rasgos de varias nacionalidades. En suma, aquello es un ramillete de flores. Debo añadir que la elegancia suprema y genuinamente parisiense con que visten ha sido una de las principales causas de su fama.

Hasta cierto punto puede decirse que las criollas viven alejadas de los americanos, obedeciendo á la preocupación de sus antepasados, que no querían cruzar la calle del Canal para pasar los límites de su antiguo barrio y se amotinaron cuando los buques empezaron á reunirse frente al barrio americano en el centro de la ciudad. Sin embargo, estas dos razas han ido mezclándose más y más cada día por efecto de los matrimonios, que eran antaño muy raros entre ellas, de modo que la venidera generación verá desaparecer esta barrera que algún día debió considerarse eterna é insuperable.

Por lo que respecta á los matrimonios he oído decir que se necesita un ánimo intrépido para hacer la corte á una criolla. Hanme contado que cuando el pretendiente va á pedir la mano de su amada encuentra el patio y el salón oscuros como boca de lobo, y después que los criados han encendido las luces aparecen los padres. En lo que todos convienen es en que el hombre que se casa con una de esas criollas es realmente digno de envidia, porque sobre tener tantas cualidades físicas, no hay quién las iguale en ternura y constancia como esposas y como madres.

(Del *Harper's new Monthly Magazine*)

Traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).

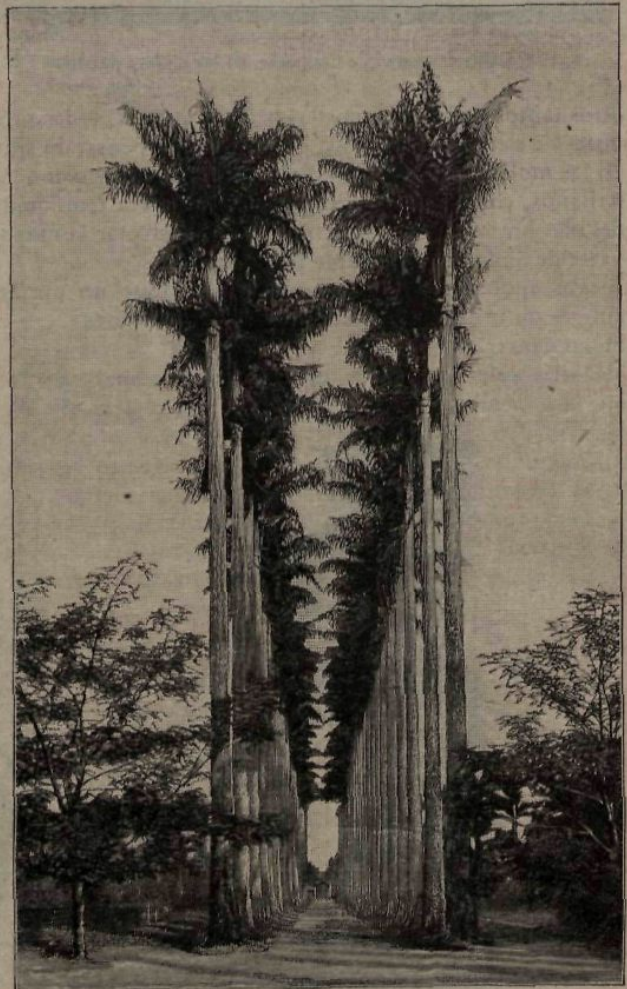
NUESTROS GRABADOS

Tánger

Véase el artículo *Marruecos*.

Vista de Río de Janeiro

Damos una vista exacta de la ciudad de la América Meridional, cuyo nombre figura ahora de continuo en los periódicos con motivo de la insurrección acaudillada por el almirante Custodio de Mello. Río de Janeiro, ó Río simplemente, como también se la llama para abreviar, es la capital de los titulados Estados Unidos del Brasil, y hasta 15 de Noviembre de 1889 capital del imperio del mismo nombre. Su denomi-



Calle de árboles gigantes en Río de Janeiro

nación verdadera es *São Sebastião do Rio de Janeiro*. En 1888 su población, comprendida la capital y arrabales, excedía de 400,000 almas. Los arrabales están construídos sobre playas, de donde la palabra *praías* con que se les designa. Hállase la ciudad junto á la bahía, á la cual da el nombre y la celebridad. Bajo la influencia de los muchos extranjeros domiciliados en ella ha ido adquiriendo cierto carácter europeo, el que no ha sido bastante á hacer desaparecer las angostas calles que antes formaban toda la capital. Quedan todavía calles sin empedrar, que con las lluvias, frecuentísimas en aquella latitud, se convierten en torrenteras y aumentan la humedad del país, húmedo ya por causa del clima. Algo se ha hecho para evitar las malas consecuencias de estas causas, pero la insalubridad de Río de Janeiro es aún muy acentuada. Antes la fiebre amarilla era allí casi endémica, mas ahora, merced á lo que se la ha combatido, no causa de mucho los estragos que producía. No obstante, las epidemias de fiebre amarilla son frecuentes en la bahía de Río y en

Los bancos anunciadores



toda la costa del Brasil. El cinturón de montañas que rodea la población forma como un embudo, en el que la acción del sol se une a la de la humedad. Se calcula que hay 140 días de lluvia al año, 27 de tempestad y que caen 1,123 milímetros de agua. La temperatura media es de 23° 5: en Enero y Febrero, los dos meses más calurosos, llega a 26° 6 y en Julio, que es el más frío, a 20° 8. En 1887 la estadística mortuoria acusó 14,875 defunciones, ó sea la enorme proporción de un 41 por 100. Entre los extranjeros dominan los portugueses de un modo considerable. En la bahía sobresale el elevado cono de la Gavia, las ondulaciones de *Dous Irmaos* (Dos Hermanos), el Corcovado y por fin al extremo oriental el *Pão d'Assucar* (el Pan de Azúcar). Todos los viajeros han celebrado la belleza de estos sitios, sobre los cuales dijo Américo Vespuccio: «Si existe en el mundo algún paraíso terrenal, sin duda alguna no puede estar lejano de estos lugares.»

Dolce far niente

CUADRO DE FRANCISCO MIRALLES

Entre los pintores españoles que con más verdad y elegancia han sabido presentar en los cuadros los tipos, y en parte también las costum-

bres, de la sociedad parisiense de campanillas, se encuentra el artista catalán don Francisco Miralles. Artista de veras, sabiendo pintar con una verdad admirable y con una distinción encantadora, Miralles no descuida en sus obras de la expresada clase ninguno de los pormenores necesarios para caracterizar bien las figuras que pone en ellas. Al dibujar y pintar a una mujer vestida a la última moda, la modista más quisquillosa no encontraría en su vestido detalle alguno que no estuviese ajustado al último figurín. Entiéndase, según lo hemos indicado, que no por esto olvida el artista catalán las cualidades serias de la pintura, como son un dibujo firme, una ejecución valiente y un colorido armonioso. Todas las pinturas suyas causan un efecto en extremo agradable. La que reproducimos hoy pertenece a este número. Es una escena arrancada de la realidad misma en las inmediaciones de París, en alguno de aquellos pintorescos sitios próximos al Sena que tanto se prestan para el descanso. ¡Qué lindo es en conjunto el cuadro de que hablamos! ¡Con cuánta naturalidad se hallan dispuestos los grupos! ¡Qué simpáticas las figuras colocadas en primer término, sobre todo la donosa niña sentada en la hierba y la noble dama del parasol! El carruaje, que se ve en segundo término contribuye a redondear la escena y a imprimirle el sello de *parisianismo* que en tanto grado se advierte en esta pintura.



M. Brown-Séguard ha presentado recientemente en una de las últimas sesiones de la Academia de Ciencias de Francia un nuevo micrófono perfeccionado, inventado por M. d'Arsonval, quien había ya aplicado en 1878, el micrófono á la percepción de los ruidos musculares. Gracias á este nuevo aparato, que en suma no es más que un micrófono especial y particularmente sensible, se puede percibir en los músculos un ruido particular que indica que se contraen ó que permanecen en el estado de tensión normal. Este ruido puede percibirse en el músculo bastante tiempo después de la muerte. Si se excitan los nervios, éstos transmiten la excitación á los músculos, que la reflejan por medio de un ligero ruido; esto prueba que los nervios tienen vida; esta excitación puede experimentarse hasta diez horas después de la muerte.

Con el micrófono, al revés de lo que indica el micrógrafo, no funciona el músculo por medio de sacudidas, pues produce un sonido mucho antes que la excitación sea suficiente para producir la contracción en masa; la intensidad del sonido es mayor si el músculo está en tensión por medio de un resorte.

En el animal vivo, el ruido muscular aumenta á medida que se pone en tensión el músculo objeto del experimento, y desaparece si se corta el nervio motor ó si se envenena al animal por medio del curare. Dicho ruido no se debe á la circulación de la sangre, puesto que en la rana persiste aún después de la impresión de aquélla.

M. d'Arsonval ha observado que la excitabilidad del nervio puede durar algunas horas después de la muerte. Para demostrarlo basta atar el tendón de Aquiles de un conejo al micrófono y excitar luego el nervio ciático valiéndose de una corriente interrumpida 50 ó 100 veces por segundo. Entonces se percibe como el músculo produce un sonido especial algunas horas después de la muerte. En 1880 M. d'Arsonval pudo percibir dicho sonido en un conejo aun diez horas después de muerto. En repetidos experimentos que ha practicado recientemente en el conejo, en la cobaya y en el perro, la duración de la excitabilidad después de la muerte no ha pasado de tres horas.

Estos experimentos demuestran que el nervio puede obrar sobre el músculo sin que se realice ninguna contracción aparente y si tan sólo una simple vibración muscular. También ha quedado demostrado con este experimento, que la muerte del nervio es mucho menos rápida de lo que se creía, y vienen á corroborar, por último, la supervivencia de algunos tejidos observada por M. Brown-Séguard.

* * *

La mujer de Sócrates le decía:— ¡Te hacen morir injustamente!—A lo cual repuso Sócrates;—¿Preferirías que fuera justamente?

* * *

Algunos soldados lacedemonios contemplaban con admiración unos riquísimos trajes que entre los despojos de los bárbaros se veían, y Pausanias les dijo:—Es pre-

ferible valer nosotros mismos un gran precio que poseer objetos preciosos.»

* * *

—Calístides es muy dichoso de comer en los suntuosos banquetes de Alejandro, dijeron en cierta ocasión delante de Diógenes. Y éste replicó:—Decid más bien que es muy desgraciado no comiendo ni cenando más que cuando place á Alejandro.

* * *

Conversando Agesilas con un extranjero que le manifestaba su sorpresa de que los espartanos vistieran con tanta sencillez y fueran tan sobrios en la comida, le dijo:—El fruto que recogemos de este género de vida es la libertad.

* * *

Hallándose Diógenes delante de una estatua le dirigía una plegaria.—¿Qué hacéis? le dijo uno. Y respondió:—Me ejercito en pedir á los hombres.

* * *

Alcibíades tenía un perro de extraordinaria belleza y que le había costado siete mil dracmas. Le hizo cortar la cola á fin de que, decía, teniendo los atenienses un asunto de conversación referente á él no se ocuparan de lo demás de su conducta.

* * *

Preguntaron en cierta ocasión á Cariolaos, por qué razón en Esparta las mujeres casadas no salían sin velo, mientras que las solteras no lo llevaban nunca. Y respondió:—Porque las solteras han de encontrar marido, y las casadas deben conservarlo.

* * *

Vendía uno en una feria un mulo que, aunque arrogante y de buenas señas, tenía el defecto de tirar algunas coces. Antes de ponerle precio quiso informarse un individuo de sus cualidades, pero el marrajo vendedor, protestando decir verdad en todo, lo aseguró de sanidad, ponderando al mismo tiempo lo bien que comía y lo mejor que andaba; sólo tenía el defectillo de ser olvidadizo. Respondió el comprador:—¿Pues eso qué importa? ¿Quiérole yo acaso para que me gobierne la hacienda, ó vaya á leer en cátedra?—Con esto, tratando de ajuste y efectuando el concierto, entregó su dinero y lleno de gozo con la compra quiso pasarle la mano por el lomo, creyendo le sería agradable aquel agasajo; pero el mohino, que no estaba acostumbrado á dejarse hacer halagos, despidió un par de coces, que por poco no le desbarató los sesos. Quejóse el hombre al vendedor cómo no le había descubierto aquella mala maña; pero él excusábase diciendo:—¿No avisé á usted de que era olvidadizo? Habréle dicho mil veces que no tire coces, y acabado de decir al punto se le olvidó.

* * *

La albúmina, ó clara de huevo, mezclada con cal en polvo, da una excelente materia aglutinante, que se seca pronto y es á propósito para componer los objetos rotos. El queso tierno desmenuzado y mezclado con cal sobre un mármol cualquiera, constituye un cemento más sólido que el anterior para juntar piezas de cristal, de porcelana, la piedra y los metales; pero conviene que la cola no sea

muy espesa y es indispensable aplicarla inmediatamente, pues en seguida se endurece.

* * *

Para marcar la ropa blanca humedézcase el paraje donde se quieren trazar los caracteres con una disolución de una onza de potasa con dos de agua, déjese secar, y escríbase en seguida con una disolución de nitrato de plata, seis dracmas de verde de vejiga, media onza de goma arábica con dos de agua destilada.

* * *

Disfruta de tus bienes como si tuvieras que morir al momento y procura ahorrarlos como si debieses vivir. El hombre prudente es aquel que acomodando su conducta á estas dos ideas sabe poner medida á sus gastos y á sus ahorros.—LUCIANO.

* * *

El malo es egoísta, puesto que sólo obra en provecho propio; pero el hombre de bien no puede serlo, pues precisamente es honrado porque obra en interés de los demás.—ARISTÓTELES.

* * *

Es preferible morir en el ahorro que vivir en la necesidad.—PERIANDRO.

* * *

Para la desgracia que nos hiere todos somos igualmente sensibles: el alma encuentra pronto consuelo para las desgracias de los demás.—PÍNDARO.

* * *

Ejercítate en trabajos voluntarios á fin de que puedas luego soportar los que te serán impuestos.—ISÓCRATES.

* * *

La lengua que pronuncia palabras deshonestas es el trujamán de un corazón corrompido.—***



ASTROS... ALBUMINOSOS

No hay que ser mago para adivinar muchas cosas que por estar acostumbrados á verlas consideramos insignificantes, pero cuyas causas no estudiamos hasta que la necesidad nos obliga á ello.

Distinguir por el simple tacto un huevo duro de otro crudo, parece difícil, pero no lo es, teniendo en cuenta que la masa interior del huevo duro forma cuerpo homogéneo con la cáscara, mientras que en el huevo crudo está nadando la yema en un mar de albúmina contenida por las paredes calcáreas de la cáscara. Así, para cerciorarse de ello, basta tomar un huevo duro y otro crudo, y obligarles á una especie de sport en el alvéolo de un plato bien cóncavo: al cabo de un rato de tan original ejercicio, basta poner los dedos encima de cada uno de los dos huevos de modo que se impida su movimiento, y se notará que mientras el duro se ha detenido por completo, en cambio, dentro de la cáscara de su rival, rueda todavía como un astro en la atmósfera el globo de la yema.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

RE-TRO-CE-SO

Al logogrifo numérico:

A L B E R T O
T O R E R O
B E R T A
R E A L
L O T
L A
A
R E
T E A
L E E R
R E T A R
B O L E R O
B A R T O L O

Al rompecabezas:

EL REY QUE RABIÓ

BIFRONTE

Hacia una niña preciosa de figura angelical, én todo, ciudad famosa, sentí vehemente total.

ANGEL SUERO.

CARTA CHARADÍSTICA

Mi querida tres primera, ayer trajo un prima dos en la cuatro con segunda una cuatro que llegó. Como estaba en el bañil, sin duda que allí se hirió la pobre prima segunda y originó una cuestión; pues, mi tercera con cuarta casi se me desmayó, y gritando:—No dos prima esa sangre, me da horror! la llamó una dos tres cuatro «Doña Miedos y Aflicción,» y ¡ay tres prima! ¡qué jaleo tan mayúsculo se armó! Una cuatro defendía á la todo con ardor,

y yo á tercera con cuarta, porque así es mi obligación. Lo mejor del caso ha sido que al cuidar al una dos de un modo desatinado, ha sufrido indigestión, pues de una segunda cuarta á sus anchas se llenó, y gracias que al fin no ha muerto que si no... ¡válgame Dios! Dos primera Santander el quince, que allá iré yo, si es que me dejan en paz el primera con la dos, prima cuatro, tres y cuarta, y todo. Tres prima,

Adiós.

LEONARDO LÓPEZ, de Villada

JEROGLÍFICO



EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

VERSIÓN CASTELLANA

por Cayetano Vidal de Valenciano

Obra profusamente ilustrada con láminas sueltas, en cromó y en negro, y numerosos grabados intercalados en el texto, apuntes del natural, que son reproducción fidelísima de monumentos, ciudades, armas, tipos y costumbres de lo más notable del imperio de Marruecos. Esta obra vale 12 pesetas en rústica y 16,50 ricamente encuadernada.

PECTORAL DE CEREZA del Dr. AYER.

Si se toma cuando se está resfriado, se evita la **tos**. Cura las **toses**, las **ronqueras** y todas las enfermedades de la **garganta** por rebeldes y crónicas que sean.

Todas las familias deben siempre tener un frasco del **Pectoral de Cereza** en casa, para poder tomar una dosis á los primeros síntomas de un resfriado, y así se evitan un gran número de enfermedades.

En la mayoría de los casos, un frasco del **Pectoral de Cereza** del Dr. Ayer basta para curar la **tos**, **garrotillo**, **tos ferina** y todas las enfermedades de la **garganta** y de los **pulmones**.

EL PECTORAL DE CEREZA del Dr. AYER

Pronto en obrar, seguro en la cura.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Póngase en guardia contra imitaciones espúreas. El nombre de "Ayer's Cherry Pectoral" figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

Y

LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles é inofensivos, preparados por B. RICHARD, París. Véndese en las principales perfumerías.

Depositarío: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA - SUS VIAJES - SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

LA
P. R.
TIERRA SANTA

D. Victor Gebhart

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

POR EL

Dr. C. Krauch

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LINEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.